

TIEMPOS CRITICOS

DIOS - PATRIA - REY

Núm. 4. - En un lugar de la Mancha. - Febrero, 1946

EDITORIAL

He aquí que, después de su última y venturosa salida por los campos de la Mancha, ya hace cerca de dos años, y de su posterior tregua y descanso, vuelve a aparecer en el palenque de la lucha el periódico no periódico (lo primero porque sale de vez en cuando y lo segundo porque de vez en cuando no sale) "Tiempos Críticos", con el mismo vigor y denuesto con que antes apareciera, y con sus ideas y pensamientos de siempre.

Con ello se demuestran dos cosas:

1.° Que nosotros no tenemos necesidad de adoptar nuevos modos, ni cambiar de camisa, ni decir que somos liberales y demócratas donde ayer se dijo que éramos totalitarios y nacional-sindicalistas. Esto queda para la actual situación política gobernante. Nosotros lo encontramos muy natural, tantos años seguidos de "gobernar bien viviendo" requiere cambiar frecuentemente de camisa, porque sino la casa olería muy mal. ¡Y con lo que ya huele, basta!

2.° Que nosotros somos liberales de corazón y no lo es la situación que estamos combatiendo y que nadie se asuste por eso de liberales de corazón, ya que liberales políticos no somos, que ésta sí que es herejía y de las de órdago. Liberales de corazón, porque en estos tiempos de escasez, privaciones, estraperlo y robo de guante blanco, sin guante y con violencia y todo, en el que entre todos vamos creando un denominador común que viene a decir algo así como "el que no lo hace es porque no puede", "Tiempos Críticos", sin más lema que "mis arreos son las armas — mi descanso el pelear — mis camas son duras peñas — y mi dormir siempre velar", en un plan completamente de Quijote (donde apenas no quedan ya ni Sanchos sino hartos sobrados malandrines), sale a la calle, haciendo oír su voz sin cobrar el barato, ni siquiera con la esperanza para ninguno de sus redactores de que le "enchufen" en "Arriba", periódico que no dudamos irá abajo, o le hagan redactor-jefe de "Ya", periódico cuyo título sería mejor "Ya, Ya".

Es completamente cierto, "Tiempos Críticos" y sus colaboradores somos así de liberales de corazón. Salimos como Dios nos da a entender y trabajamos de balde en un país donde se cobra para no trabajar. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Ah! Y además somos tan así de humildes y modestos que ni siquiera uno solo de nosotros firma sus artículos, aunque a la legua se conozca que escribimos sin cobrar. Y, no porque seamos muy peores que los otros, sin porque hoy por hoy, habíamos acaso más claro que los que cobran. Ventajas al fin de la oposición y de la clandestinidad.

Y unas líneas para acabar este editorial, a guisa de prólogo, en esta nuestra segunda etapa.

Entre todos los acontecimientos ocurridos registramos uno, que nos llama extraordinariamente la atención y que nos hace exclamar: ¡Vivan los políticos honrados! Son las declaraciones de Carceller, con motivo de su regreso, o algo así, de Estados Unidos.

Hasta ahora entendimos que los políticos al uso eran una caterva de señores que, diciendo perseguir el bien y la felicidad del pueblo, no hacían en realidad, sino mejorar su posición y aún posiciones económicas. Así, pensábamos muchos (y que nos perdonen los pocos que en su honestidad no han merecido este calificativo), que eran a modo de unos tíos vivos que trataban de encubrir sus ambiciones con falaces apariencias. Pero, ahora, resulta que no. Carceller, con una honradez que le honra y le acredita, lo ha puesto de manifiesto. "Pobre nací — vino a declarar —; pero mi ambición ha sido hacer dinero. Y lo conseguí, aunque para ello tuve que prescindir del que dirán y de la opinión de los demás." ¡Lástima no le hagan un monumento!

Nada de hacer la felicidad del pueblo, ni siquiera en apariencias. Al medro personal y al propio enriquecimiento, aunque todo crujía y se hunda. Claro que en la frase no hay engaño, y todo se reduce a saber si podrá más la caradura de los que esto dicen, piensan u obran o la tolerancia y paciencia del resto de la nación, que va ya siendo mucha y puede acabarse en cualquier momento.

Resulta, pues, que entre Negrín y el bueno y sincero de Carceller, pongamos por caso, no existe sino una diferencia. Negrín se llevaba el dinero de España con pretexto de hacer la felicidad de los españoles. Carceller, filósofo más práctico y sincero, no lo ha hecho con ningún pretexto, que eso hace hipócrita, sino por una poética razón: la de buscar su propia felicidad, anticipando para este mundo aquella suprema perfección que todo hombre tiene el deber de buscar para el otro. Si esto no es honradez, ya no sabemos cómo ha de hacerse para ser más honrado y hablar con más claridad.

Y lo triste del caso, dejando las ironías aparte, es que todo espíritu de la Cruzada ha venido a condensarse en sólo esto, de lo que Carceller es un significativo símbolo: el afán de enriquecimiento y medro de muchos tantes, pescadores en el río revuelto de la política, que para poder robar más a gusto necesitan de esa descomposición y charca mal oliente en que van convirtiéndose las clases, y tantas Instituciones, salvo raras excepciones, de nuestra Patria.

Si lo hubieran hecho los de la acera de enfrente y quienes arrastran su desvergüenza por el extranjero, la cosa tendría perdón; pero que lo hayan hecho en el Santo Nombre de Jesucristo y con la palabra de España en la boca, es un crimen que clama al Cielo, y que como todos los crímenes, no quedará ni en este mundo ni en el otro sin expiación.

Por encima de todos los partidismos políticos, para cuantos tengan sed de auténtica justicia y contra todo esto va a luchar "Tiempos Críticos", tremolando la bandera de la dignidad nacional: contra el soborno, el cohecho y la impudencia; la honradez de nuestros abuelos y antepasados para resucitarla en los españoles de hoy.

O esto o adiós ¡pobre de nuestra España!

No son éstos momentos de desmayos cobardes, sino de virilidad resuelta, que es faltar al deber no redoblar la energía. Pero no basta que nos agrupemos con resolución varonil los hombres; es preciso no consintamos en la dispersión de los principios. Integra la de permear la bandera, sin separaciones absurdas... Sólo creyendo lo que amaron y creyeron nuestros antepasados podemos llamarnos sus sucesores y no ser anillo desprendido y raso de la cadena que ellos formaron con sus espadas sobre el ara de los altares. (Juan Vázquez de Mello).

Política de realidades

El rotundo triunfo militar de la Cruzada no ha servido para la restauración política de la nación, fin esencial que lanzó a España a la pelea. No puede decirse que haya sido inútil el sacrificio, porque aún es posible dicha restauración, pero es evidente el peligro de que resulte estéril si no se aprovechan los momentos aún propicios. Perduran aún los efectos bienhechores de la epopeya, la fecundidad de tantos sacrificios: sigue íntegro y dispuesto a fructificar el tesoro logrado a costa de tanta inmolación, de tanta sangre y tantísimas ruinas. Pero no es menos cierto que el tiempo perdido hace más penosa y delicada la labor a causa de obstáculos y peligros inexistentes o muy menguados cuando el Frente Popular francés recluía en penosos campos de concentración los restos dispersos del ejército rojo destruido, a la vez que se disponía a reconocer, aceptar y ponerse a bien con nuestro triunfo, enviándonos de embajador al mariscal Pétain, gloria de Francia, quien más simpático había de ser a la España de la Cruzada, como se apresuraban a enviarnos sus representantes Inglaterra, Estados Unidos y las demás naciones que, como Rusia y México, no participaron en el robo del oro del Banco de España. Este fracaso político pesa hoy sobre el pueblo español que siente la angustia del vacío político en algunos sectores con verdadero pánico, cuando más necesitada está la nación de una firme robustez política. Se oyen comentarios análogos a los que se oían a últimos del 35 y principios del 36, cuando se vió claramente el fracaso político del triunfo electoral del 33 y de la represión victoriosa de la revolución de octubre.

Nadie, ni los más fervorosos falangistas, piensa en encontrar el remedio acudiendo a F. E. T. y de las J. O. N. S., principal instrumento del daño que pesa sobre nuestra patria. Sin raíces nacionales, ha vivido ésta del poder que Franco puso en sus manos y del reflejo de algunos rayos del esplendor nazi-fascista. Muy pronto abandonó las trincheras y metió los brazos hasta los hombros en las arcas nacionales del presupuesto, y en no pocas privadas, abiertas por la participación en monstruosas corrupciones administrativas, y, a veces, por la coacción de los medios de poder que tenía a su disposición.

La evidencia del fracaso político de F. E. T. y de las J. O. N. S., no es discutible.

El propio Franco lo reconoce por cuanto hace ya tiempo que tiene puesto su empeño en olvidar al mundo entero la política falangista. Quienes disfrutaban de buenos enchufes, quienes participan en el banquete lucrándose con productivos negocios propios de las épocas turbulentas, en que el éxito mercantil e industrial no depende del talento, trabajo, experiencia, vigilante administración, sino de la casualidad, de convenientes relaciones políticas no pocas veces logradas cediendo participación fructífera en el provecho, claro es que no encuentran más solución que en el mantenimiento de la situación actual. Y lo piensan también, los acobardados ante los manifestos peligros y el desamparo en que estamos para afrontarlos. Temen que tras de Franco vengan los rojos y por eso sólo aspiran a ir tirando. No piensan en si hoy el daño tiene remedio y en un mañana más o menos próximo no será posible encontrarlo. La experiencia de la Cruzada demuestra que el retraso de algunos meses hubiera hecho totalmente imposible el triunfo y hoy España estaría en situación peor que Italia y Francia.

Todos están conformes en que el vacío político existe y no hay quien no desee llenarlo si ello puede hacerse sin peligro de trastornos.

NO HAY OTRO MODO DE LLENAR EL VACÍO QUE RESTAURANDO LA MONARQUÍA TRADICIONAL

Esto decimos los carlistas hace más de un siglo y tras de este empeño ha derrochado el Carlismo los sacrificios y la sangre. Hoy lo dicen todos o poco menos, incluso quienes renegaron de la monarquía para hacerse republicanos, aunque no hayan todavía renegado públicamente de su fe republicana. Lo ha dicho Franco diversas veces.

Para muchos el problema está en cómo se hace la restauración. El carlismo dió la solución a Franco en marzo del año 39. A muchos entonces les parecía cosa complicada y larga; y creyeron más fácil que la solución viniera por... D. Juan. Hoy confiesan todos que los carlistas entonces, con tantas veces, teníamos razón. Si se nos hubiera hecho caso tendríamos la restauración hecha y España solidamente constituida, con máxima autoridad internacional y en franca prosperidad.

Habría problemas y problemas graves siempre los hay en la vida de los pueblos), pero no estaríamos pendientes de la angustia de encontrarnos bajo el dominio de los rojos, como nos encontramos aquel 14 de abril en que nos entregó don Alfonso, el error de no seguir el consejo carlista fué entonces grave por las espasmas consecuencias que ha tenido. Crean ahora, al lamentar el error, que la solución buena para entonces, no lo es después del tiempo transcurrido. Entienden que no hay otro camino que sentar en seguida en el trono a don Juan de Borbón con el aplauso del extranjero, la aquiescencia de los rojos no comunistas.

Si a los carlistas les parece mal, sintiéndolo mucho, prescindirán una vez más de los carlistas, como prescindió Cánovas, y antes la monarquía isabelina, la amadeista y la primera república; y después la segunda república y cuantos con ella gobernaron.

Todos pretendieron llenar el vacío con llegar al poder y vaciar desde él sus soluciones políticas; pero el vacío siguió siempre sin llenar. Desde que murió Fernando VII hasta la Cruzada, España ha tenido TRECE JEFES DE ESTADO de ellos ONCE NO PUDIERON TERMINAR EL PLAZO LEGAL DE SU MANDATO: Cristina, Espartero, Isabel II, Amadeo, Pi y Margall, Figueras, Salmerón, Castelar, Alfonso XIII, Alcalá Zamora y Azana, además de Serrano, que por dos veces presidió una interinidad. Si don Juan vuelve la vista atrás pensando en los destinos de su rama, necesariamente, ha de fijarse en los nombres de Cristina, Isabel, Alfonso XIII, y pensar que de las cuatro generaciones que han reinado, TRES HAN SIDO DESTROZADAS! Las tres dejaron indefensa a la nación y en el poder la revolución más desatada: Cristina entregándola a Espartero, Isabel II dejándola en manos de la revolución de septiembre, Alfonso XIII encargando a sus ministros (lo ha escrito uno de ellos, el duque de Maura) la entrega "legal" del poder supremo a los Azana, Largo Caballero, Casares, Prieto, públicamente comprometidos a proclamar la república, perseguir la religión, destruir la unidad patria con los Estatutos, triturar el ejército y socializar el Estado. Las tres veces ha sido necesario que España tomara las armas para defenderse y barrera del poder a los tiranos: el alzamiento contra Espartero capita-

neado por Narvaez, la tercera guerra civil carlista, la gloriosísima Cruzada en nuestros días. Cada esfuerzo ha sido más cruento, se ha derramado más sangre, se han amontonado más ruinas. De un nuevo error difícilmente podríamos levantarnos, si dábamos tiempo a que la revolución reconquistara sus posiciones.

SOLO EL CARLISMO OFRECE SOLUCION COMPLETA; DOCTRINA VERDADERA, PLAN ADECUADO Y FUERZA PARA DESARROLLARLO Y MANTENERLO

Quien en menos de cincuenta años consigue levantar fuerzas para sostener tres guerras que en total suman trece años de guerra, en contra de un poder constituido que cuenta con todos los recursos del Estado y poderosas alianzas y colaboraciones de otros Estados, demuestra tener fuerza y arraigo considerables en el país. Dudan algunos del alcance, la potencia de esta fuerza, como dudaban de ella cuando se preparaba la Cruzada. Pero es un hecho patente que el Carlismo fué la única fuerza que dió mucho más de lo que había ofrecido, con haber ofrecido más que las otras; ni tampoco puede dudarse de que gracias a la superabundante fuerza carlista el Alzamiento no fué aplastado en los primeros momentos. La movilización carlista pronta, monéada y heroicamente realizada salvo a España y fué la más elocuente prueba de la enorme fuerza política del Carlismo, porque es la más popular de todas las fuerzas políticas, la más ardiente y combativa.

Quien se imagine a un rey carlista en la situación de donña Cristina, donña Isabel, don Alfonso XIII, no puede pensar que España quedara indefensa en poder de la horda. El rey y los carlistas hubieran cumplido con su deber defendiendo la nación como han probado abundantemente que saben hacerlo los carlistas, arrastrando a la nación a la gesta heroica necesaria, como también los carlistas han probado saberlo hacer repetidas veces. LA MONARQUIA TRADICIONAL TRAIDA POR LOS CARLISTAS, DEFENDIDA POR LOS CARLISTAS, es la monarquía fuerte que España necesita para reconstituirse y hacer frente a todos los peligros, porque es una MONARQUIA CON FIRMES RAICES EN EL PUEBLO, y para arrancarla sería necesario arrancar a pedazos las entrañas vivas de la nación y ello no sería posible sin que ésta renovara las gestas que la han hecho famosa en la historia y se han renovado en la Cruzada. Como se lanzó contra Napoleón hasta vencerlo, se lanzaría hoy en defensa de SU MONARQUIA, el pueblo que no ha movido nunca un dedo para defender los reyes constitucionales, porque no

son éstos sus reyes, sino reyes de los partidos que corrian a tomar puesto preferente en la república.

SOLO EL CARLISMO TIENE LA SOLUCION DE ESTA HORA APREMIANTE

Como se trató de liquidar la dictadura mediante unas elecciones, se trata ahora de traer a don Juan legitimándolo mediante un plebiscito. Lo que empezó con unas elecciones "pacíficas" y "rabiosamente sinceras", terminó en la necesidad de una guerra civil con más de un millón de muertos y daños incalculables. Quien piense en que don Juan, si no es favorable o no se lo parece, arregla las cosas tomando el avión para volverse a Lausanne, dejándonos en poder de los Casares y Largo Caballeros del momento, no es raro que así piense. Los que hayan de quedarse, quienes piensen que se ventila la suerte de España no pueden pensar de esta manera.

Los carlistas tienen la solución única posible de la Regencia. Como en octubre de 1944, decimos hoy lo que entonces escribimos en **LECCION DE LOS HECHOS**.

"Los plebiscitos son el recurso de los Poderes personales que quieren proveerse de un título de Legitimidad; pero en una situación de fuerza, nadie acude libremente a la votación, ni a esa votación se le da valor alguno ni por el pueblo, ni por los demás pueblos.

"Pues si la Monarquía no ha de buscar sus títulos en las elecciones, ni en el plebiscito, ha de tener otra fuente de legitimidad que le dé un título indiscutible. Se encuentra éste en el pacto histórico entre aquella y la Nación, en mal hora roto e interrumpido por ésta al quedar mediaticada por los partidos.

"El pacto ha de anudarse, y ponerse de nuevo en trance de cumplimiento. Nuestro concepto de la Monarquía es muy distinto de la que cayó el 14 de abril, que tenía su título en el sufragio inorgánico de unas Cortes constituyentes y unos cuantos partidos. Es fuerza, por tanto, acudir al punto de arranque de la legitimidad, que no se ha interrumpido, de la dinastía apartada por la fuerza y por los partidos —Progresistas, Espartero y demás irresponsables—, en 1840. Esa dinastía se extinguió en cuanto a la línea directa de Carlos V de España, con la muerte en el destierro de su último representante el Rey Don Alfonso Carlos. Pero como al extinguirse la línea directa no por eso se extinguieron los derechos, y quedaron otras líneas, en las cuales ha de hallarse el titular de aquéllos, la prudencia de aquel Rey designó un Regente depositario de la Legitimidad.

"No hay otro modo de traer la Monarquía con títulos inatacables.

Ni unas elecciones inorgánicas cuyos resultados pueden variar constantemente; ni los plebiscitos, que son una burla; ni la fuerza, son títulos bastante para la estabilidad de la Monarquía hereditaria; y son, por el contrario, germen de nuevas conmociones y trastornos. Sólo la Regencia puede deferir al Rey, sin conmociones, la Legitimidad. Si una Regencia es la que llama al Rey, nadie, dentro ni fuera, discute al Soberano. No hay más procedimiento monárquico que éste. Los procedimientos emboscados, o indirectos, que consistían en traer la Monarquía dando la vuelta por la República, o vistiéndose de falangistas, han fracasado. Desconfíen los Príncipes de estos procedimientos emboscados, así como también de los procedimientos que no sean francamente monárquicos de la Monarquía Tradicional. No olviden a los consejeros del 14 de abril, ni a muchos de los de después. Los que hoy aconsejan a los Príncipes, elecciones o plebiscitos, deben serles sospechosos.

"Aparte de esto, la Monarquía no puede ser personal, ni absolutista. El Rey ha de jurar la observancia de instituciones y leyes fundamentales, que limitan su Poder. Esas leyes e instituciones han de determinarse antes de la venida del Monarca; porque si no, será éste quien se limite a sí mismo su poder, y esto ya sería un acto absolutista, que además es inverosímil en la práctica. Tales limitaciones del Poder real no son concesiones del Monarca a los pueblos, es decir, no son cartas otorgadas, sino reconocimiento debido de lo que a la libertad humana, a la dignidad del hombre, y a las sociedades autárquicas pertenece. Quien ponga esas limitaciones es quien se creará con derecho a quíterlas, y si es el Rey quien a sí mismo se las fija, las suprimirá cuando le estorben.

"La determinación de esas leyes e instituciones que ha de jurar el Rey, sólo puede hacerse con autoridad la Regencia Nacional y Legítima. Todo ello en plazo no largo, que habrá de fijarse previamente al constituirse.

"La designación de la persona del Rey, es decir, la Proclamación, no puede hacerse sin que antes estén determinadas las Leyes que ha de jurar. Y como estas Leyes no pueden ser determinadas ni por unas elecciones inorgánicas, ni por un plebiscito, ni por la fuerza, sólo pueden serlo por la Institución de la Regencia."

España angustiada y en sombra un caos anárquico para el porvenir.
¿Habrá remedio para España?
Sólo uno: el que basado en el sublime ideal de Dios, Patria y Rey, sabe que España puede renacer bajo la directriz de la Monarquía Tradicional.
Y o ella, para recuperar a España, únicamente puede llegarse por la Regencia legítima de D. Francisco Javier de Borbón.

En el Séptimo Aniversario de su Liberación

Mustia y triste ha transcurrido la fecha del 26 de enero, séptimo aniversario de la Liberación de Barcelona. Mustia y triste en las esferas oficiales, y con idénticas características en la generalidad de los barceloneses, contagiados de la indiferencia gubernamental. Parece como si el 18 de julio hubiera sido un mal que conviene olvidar, y del que no deben pretenderse más frutos que el de los privilegios in-

justos y posiciones materiales alcanzadas. El espíritu no cuenta para nada.

¿Es temor, apatía, indiferencia, convencimiento de la propia indignidad para la conmemoración de lo que fue ganado con la sangre de los mejores? ¿Es miedo al sacrificio que pueda costar el seguir fieles al camino que trazaron nuestros héroes y nuestros mártires?

Por eso, en medio de ese mal am-

biente, es más laudable y digna de encomio la actitud del Excmo. Señor Capitán General de Cataluña, don José Solchaga, al escribir el texto que nos honramos en traer a nuestras columnas para aliento de los buenos españoles.

Dice así el que fue pudonoroso General de las célebres Brigadas Navarras:

En abril de 1938, las Brigadas de Navarra, después de romper por Huesca, pisaban tierra catalana y llegaban a Tremp y Valle de Arán; todos mirábamos hacia Barcelona, y, por instinto, el mismo soldado veía allí el fin de la guerra.

El Mando cambió de manera de pensar y fuimos a tierras ásperas de Teruel.

Quando a fines del 38 se nos dio la orden de trasladarnos al frente catalán, tuvimos una inmensa alegría; volvían a mis manos las antiguas Brigadas IV y V, con Bautista Sánchez y Alonso Vega, y la XII, con Asensio.

"Con estas fuerzas no hay quien nos pare hasta el Tibidabo", le dije al general Vigón, jefe de Estado Mayor del ejército del Norte.

Y creo que cumplimos nuestra palabra, a pesar de que desde Serós a Barcelona no fuimos precisamente sobre una alfombra: Sierras de Montserrat, Planá, Prades, Poblet, etc.

El 24 divisamos las antenas del Tibidabo; al día siguiente se había pasado el Llobregat, y a última hora se hacían los últimos disparos en el puente de Molins de Rey. Al retirarme a última hora, no me cabía duda de que al día siguiente entraríamos en Barcelona; pero había una orden terminante de que no lo hiciera fuerza alguna hasta recibir orden expresa del Generalísimo.

Al amanecer se había ocupado Vallvidrera y el Tibidabo; el nerviosismo de las fuerzas era enorme; desde mi puesto de mando de Martorell se sostenían verdaderas batallas; ¿cómo explicarse este parón a la vista de la hermosa ciudad? En Barcelona viven testigos presenciales de esta lucha.

Por fin, a las once de la mañana vino la orden de ocupar Barcelona.

Es difícil olvidar este momento; por las carreteras que conducen a Barcelona, batallones, baterías, camiones, soldados y paisanos, con cánticos y gritos patrióticos corrían hacia la gran población; veían con sus propios ojos el fin de la guerra, y los que la seguimos paso a paso sabíamos lo cara que nos había costado en sangre, y qué sangre: ¡la de los mejores!

Al penetrar en Barcelona nos encontramos con un pueblo que parecía despertar de una pesadilla pero, pronto reaccionó, y sus manifestaciones fueron la mejor recompensa a estas fuerzas que, con las boinas desteñidas, rotas, y fatigados, pero no cansados, habían sabido conservar íntegramente aquella moral que un 18 de Julio en Navarra, y con su antigua bandera, salieron dispuestos a defender los eternos principios de su fe.

El General de las Brigadas de Navarra
Capitán General de Cataluña
SOLCHAGA.

Esta es la verdad de España.

Y nosotros, que no somos palaciegos ni aduladores de nadie, aplaudimos esta gallarda actitud de quien no se avergüenza de su pasado ni teme al porvenir, y haciendo honor a una limpia historia militar levanta su rostro varonil frente a tantas vacilaciones cobardes y turbias y medrosas actitudes.

Detrás del General, no por carlistas, ni por requetés, sino simplemente por españoles y sin tener de qué arrepentirnos, estamos dispuestos en este terreno a rubricar con nuestras vidas la defensa de la verdad, la razón y el derecho del 18 de julio de 1936.

Porque nosotros, que nunca hemos concebido esa fecha como una fuente de beneficios personales, ni como el medio de mantener animosidades, odios y rencores personales nos sentimos hermanos incluso de nuestros más calificados adversarios, entendemos, en cambio, que el 18 de julio era de ineludible ne-

cesidad, y que un sentido mínimo del honor, de la decencia, de la caballerosidad, del amor a España y del amor a nuestros propios hermanos descarrados, nos obliga, fieles a nuestros muertos, con ligamento de sangre y vida, al mantenimiento de los principios que lo informaron y por los que, en palabras del General Solchaga, "los mejores dieron su sangre".

Principios que no son ciertamente los de este Régimen, que siente ya la vergüenza y el oprobio de sí mismo como el que ha malbaratado herencia que con sangre se forjara, pero que este Régimen no puede en conciencia desconocer en el traspaso de poderes que ineludiblemente vendrá y ha de venir para bien o para mal de España, según el patriotismo e interés de cuantos están en situación de influir en la forma de su advenimiento.

Rotos y fatigados, pero no cansados, como dice el General en

hermosa frase militar, sin compromisos ni temores respecto a los adversarios de dentro y a los acontecimientos de fuera, con la plena facultad de adscripción que al Carlismo y a nadie más da su estricta neutralidad en la pasada guerra mundial, puesta la fe y la esperanza en Dios, y solidarios de cuantos, dándose cuenta de lo delicado de la hora presente, sienten y piensan como nosotros, nos honramos en reivindicar para el Carlismo el espíritu del 18 de Julio, y firmes en nuestro puesto una vez más ofrecemos a Dios y a España el voluntario tributo de nuestras vidas por el espíritu de la Cruzada.

Porque, donde el Carlismo dijo una vez que sí, lo dijo para todos y para siempre.

Y no por carlistas, ni por requetés, sino por españoles y por caballeros, hemos reproducido las declaraciones del General.

Paso al Rey

Acaso sea por atavismo, pero el caso es que en España, la idea de la realeza está tan arraigada que, pasados los primeros momentos esporádicos producidos por la euforia triunfal de la República, las aguas vuelven en seguida a su cauce normal, o sea, al recobro del bien perdido. Y no es que de este anhelo febril participen únicamente los espíritus selectos y de convicción monárquica: todos los elementos sociales, amantes del orden, que son la mayoría, sienten esta apetencia. Y aún diremos más. Los mismos que de una forma indirecta salen económicamente beneficiados del actual río revuelto, piden a voz en grito el retorno al sistema monárquico. Las conversaciones particulares que se oyen por todas partes confirman el aserto.

¿Cuál es la moraleja que se desprende de este estado de conciencia? Que en España por más que el sectarismo ruja y mistifique las esencias monárquicas, la posición ancestral nadie será capaz de desarraigarse, a menos que la perversión de las ideas y la corrupción de las costumbres afecten el cuerpo social de una manera absoluta.

Por eso España, como no sucede en ninguna otra porción del planeta ha sido la nación de más acentuada espiritualidad, no en sentido platónico, sino activísimo, y no de ahora, sino de siempre, desde la invasión romana, cuya dominación costó más de doscientos años, hasta nuestros días, sin intermitencias de ninguna clase. No es extraño, pues, esa floración continuada de multitudes entusiastas concentradas alrededor del Rey, que han sido capaces de las mayores heroicidades.

No se han forjado esas "masas honradas", que dijo Pidal, al calor de sofamas encendidas; han nacido al calor de hogares eminentemente cristianos, que al ver en el Rey y en la institución monárquica un dechado de virtudes cívicas y domésticas, y el continuador y mantenedor de las leyes fundamentales y nativas de cumplimiento ejemplar por parte de la persona investida de este ropaje, no han querido investigar sofisticadamente las ventajas e inconvenientes del régimen, y han seguido ciegamente sus pisadas en la confianza de no errar en el camino teniendo guía tan experto.

De ahí han surgido esos grandes movimientos populares de adhesión entrañable a la figura del Rey que registra la Historia. El de la Revolución Francesa, con el espectacular asesinato de Luis XVI, acarrió el alzamiento general de España con la declaración de guerra a Francia. Fueron, precisamente, los gremios catalanes, o sea el elemento trabajador, que organizó, nutrió, equipó y financió los célebres Tercios, que al mando del general Ricardos triunfaron militarmente en Francia. El historiador francés, Jacques Blainville, hace constar en su "Historia de Francia" como de las naciones de Europa, "sólo España declaró e hizo la guerra para vengar el asesinato del Rey". El grito de que "se los llevan" fue suficiente para levantar el pueblo de Madrid en su memorable y es-

pontáneo Dos de Mayo, que tanta repercusión tuvo en toda la nación, principalmente en Cataluña, que sin preparación militar alguna desafió al invasor y lo venció en campo abierto en los riscos del Bruch. Fue la primera derrota militar que tuvo el francés en España. El ideal monárquico obró el milagro, y cuando años más tarde, el sectarismo de los partidos antiespañoles pretendió vulnerar los derechos de Rey, escarnecerle y vilipendiarle, los guerrilleros de la Independencia—esos guerrilleros que han legado al Mundo un sistema castronense insuperable—volvieron a la carga, y si no vencieron, demostraron el peligro que supone atacar el sentimiento nacional monárquico o "buscar las cosquillas" a un pueblo indómito.

No se crea, sin embargo, que la aureola que rodea a la Monarquía sea fruto de generación espontánea o de propaganda palatina. Este prestigio ha sido ganado a pulso y a fuerza de grandes aciertos, conseguidos en el transcurso de los tiempos. Las ficciones tienen, cual fuego de artificio, una duración limitadísima, y por lo mismo son incapaces de resistir las acometidas de las vendabales políticas y las mutaciones de las costumbres. Pero hay que distinguir entre monarquía y Monarquía (con M. mayúscula). Estas, o sean las que tienen por pedestal a la Tradición, resisten todos los embates revolucionarios a pie firme. En cambio las que están asentadas sobre arena movediza y se despojan de su manto real, encerrando en el arca la corona para que sus destellos no hieran la retina revolucionaria, están pasando la pena negra.

En todas las cosas de la vida hay necesidad de establecer el dilema determinativo del SER o no SER, y no es posible cambiar el signo. Querer ser y a la vez no ser, trae aparejada la insensatez más catástrofica que registramos. De ahí viene esa torre de Babel que atormenta al Mundo. Y si de aquella vino, en castigo del orgullo humano, la confusión de lenguas, la de ahora ha traído la de las ideas, en forma tan diabólica, que hasta el espíritu más ponderado se encuentra en peligro de caer.

El Carlismo—por una gracia especial que Dios le ha concedido, acaso por su perseverancia de más de cien años en seguir su santa Ley, y de su promesa de restaurar su plena soberanía en España, no en el sentido constitucional a la usanza del día, de mucho monumento y de mucho homenaje con abundancia de trompetería y otras zarandajas, sino en el de su integridad evangélica—no se anda por las ramas en eso de restaurar la Monarquía. La quiere con todas las de la ley, sin trampa ni cartón, para que no puedan llamarse a engaño los que en ella confían. La quiere representativa y popular y que a las gradas del Trono puedan acercarse libremente todos los que tengan hambre y sed de justicia; que en su guardia de honor quepan, a la vez que el potentado y el prócer de la sangre, el prócer del trabajo honrado y el de la inteligencia; que reine y gobierne y que,

en una palabra, sea como Rey, el director general de la nación y no un mero fantoche irresponsable, destinado exclusivamente para presidir desfiles y ceremonias palaciegas.

Pero para que tanta belleza sea realidad hay que fijar una condición previa: que la morada que se le prepare para su alojamiento, es decir, el territorio de su dominación sea digna de la institución; que si por efecto de precipitado aceleramiento se aparece una mansión destartada, con ruindades por doquier, se corre el riesgo de que, por tamaño defraudación (ejemplo: Don Amadeo de Saboya) se evapore el influjo real y el espíritu monárquico que está flotando en el ambiente, sufra un colapso de muerte.

El rey no puede desprenderse en ningún momento de su exterior grandezza y augusta majestad, y el día desgraciado que hubiera de prescindirse de estas formalidades regias, sería la terminación de su mandato espiritual, porque "no hay majestad para el ayuda de cámara". Cuando se pronuncie "PASO AL REY", los caminos deben estar enderezados, las malas hierbas arrancadas de cuajo y resueltos los más importantes problemas. No debe ser él quien resuelva la serie de conflictos originados por una dirección empeñada en persistir en el error en forma contumaz. Sería grotesco que el Rey tuviera que presidir una mesa en donde los comensales estuvieran sujetos a prelación, como sucede actualmente, que mientras unos comen a dos carrillos, el resto no pasara de la sopa...

Esto no puede ser. De esta ordenación previa, debe cuidarse la "mayordomía", o sea la Regencia, la cual, sin comprometer a la institución monárquica, procure poner la casa en orden y reorganizar la vida social y política de acuerdo con las posibilidades económicas del momento, y si la nación es pobre, como dijo Carlos VII, vivir a lo pobre, y si rica, a lo rico.

Salir sin desnucarse

(Viene de la última pág.)

caben en esta tarea nacional—el condyuar con el núcleo carlista—en interés de la Patria y en su propio y personal interés—a transformar, la peligrosísima supervivencia que nos manda, en el régimen que España necesita, imprescindible y urgentísimamente, en el timón del Estado, no ya sólo para no continuar decayendo y perecer sino para levantarse definitivamente y cumplir la misión que le señaló la Providencia en el concierto de los pueblos.

SALIR SIN DESNUCARSE

Ese es hoy el doble e inaplazable problema español.

O dicho en otras palabras: España se halla en un atolladero, donde la espera indefectiblemente la muerte si no consigue, por su propio esfuerzo y pronto, abandonarlo. Y, por otra parte, también acabará con ella tan implacable enemigo si al pretender salir, no acertando con el único camino, toma por otra vereda cualquiera.

Tan vital va siendo ya para nuestra Patria, salir, como salir bien, del peligroso estado político en que se encuentra.

Claramente lo acusa la —a pesar de sus naturales altibajos— progresiva intranquilidad, desazón, nerviosismo y angustia, que, de algún tiempo a esta parte, van sintiendo todos los españoles, aun los más alejados de la política. Si no fuera real y afectase profunda e inminentemente a todos la peligrosidad, la temerosidad, la presente y progresiva gravedad del vacío político conatural a la actual situación en que se encuentra España, estarían nuestros compatriotas, en conjunto, tan tranquilos y despreocupados como en 1939, 1940 y 1941, y (si bien menos completamente) aún en años posteriores.

Y es que, como exige la lógica, puesta la causa se sigue el efecto. Y la situación gobernante puso en su propio nacimiento, a manera de pecado original, la causa de los males presentes, empujándolo, adulterando y desviando la Cruzada de 1936, al emplear todas las fuerzas que ésta le proporcionó para fines bien diferentes, en imponer a España entera, como auténtica encarnación política de la magnífica gesta nacional, falsificación tan opuesta al espíritu del Alzamiento y a la esencia misma del genio español, como el lamentable engendro partidista, totalitario y extranjerizante, de F. E. T. y de las J. O. N. S. ¿Qué raro, pues, que de tan mala causa se hayan seguido efectos tan perniciosos y conformes con su propia naturaleza, como el desarraigo, la repulsa, y por consiguiente la esterilidad y el vacío nacionales en que se ha desenvuelto semejante aborto? ¿Qué raro, pues, que refido con la esencia del ser nacional y lleno de interés de partido, haya producido tanto enflaquecimiento, tanto estraperlo, tanta inmundicia, y en consecuencia tanta podredumbre y corrupción, como nos envuelve por todas partes, amenazando hundirnos?

Mas, no consistiendo nuestro deseo, ni nuestro propósito, el relatar los pecados de la situación sino en cuanto sea necesario para precisar y remediar los reales males de la Patria, sólo recordaremos, para terminar de poner en evidencia su congénita y actual impotencia política, que, como dictadura predominante personal —condición suya indiscutible desde que las nuevas circunstancias mundiales la decidieron a despojarse de sus primitivas apariencias de régimen político nacional-sindicalista o totalitario— carece esencialmente de bases, principios y conocimientos racionales e históricos nacionales de gobierno y jurídicos, de orientación, de sistema político, económico y social, y sobre todo de posibilidad alguna de participación y asistencia popular auténtica, y por ella de entronque, arraigo y com-

penetración con la profunda entrafía del país, de todo lo necesario, en fin, para concebir y dirigir una verdadera política nacional, imprescindible a su vez para afrontar y resolver los ingentes problemas políticos y de todo orden que van e irán saliendo al paso; que, como cualquier otra dictadura, no constituye un verdadero régimen de gobierno, sino una medida extraordinaria y transitoria, cuya virtualidad y vida van ligadas a las circunstancias que permitieron su nacimiento, habiendo variado ya total y radicalmente las españolas y mundiales que la favorecían; que, especialmente en política, los errores y fracasos fundamentales —F. E. T. y de las J. O. N. S. en lo interno y su equivalente internacional— se pagan con la muerte política, perjudicado gravemente a la Nación el prolongadísimo y en definitiva imposible intento de supervivencia que está sufriendo; que situación gobernante pendiente por naturaleza de cosa tan precaria como la vida o la entera física o moral de un hombre, es, por esta sola condición, mala y peligrosísima para la seguridad de la nación y de los súbditos; que estos poderes personales y dictaduras no saben, quieren ni realmente pueden, darse sucesión a sí mismas, o sea conscientemente auto-eliminarse, porque semejante solución requiere conjuntamente una sabiduría y heroísmo, individuales y colectivos, tan grandes, que no se dan en la práctica; y finalmente, para no extendernos con exceso, que cerca tenemos el desastroso final de la bien intencionada dictadura del General Primo de Rivera, para comprobar en el tan importantes y graves verdades, escarmentando así en parecido ejemplo.

Hay, pues, ineludiblemente que salir, y cuanto antes, de la peligrosa situación a que la presente dictadura partidista ha abatido a España desde la elevadísima en que la colocó el sobrehumano empuje nacional de la Cruzada. Empero, hay que salir bien, porque si nos equivocamos no habremos conseguido más que inaugurar una nueva etapa, y ésta catastrófica, de la decadencia española, terminando de malograr definitivamente el magnífico esfuerzo que, para escapar de sus garras, realizó la Patria el 18 de julio de 1936.

Pero, ¿no existirá un criterio seguro para acertar con esta salida tan necesaria, tan apremiante y a la vez tan peligrosa si se yerra? Ningún español puede dudarlo después de haber vivido la Cruzada. Ni cuál sea aquél, tampoco.

Sólo lo que impidió en 1936 —cuando estaba al borde de la sima— el hundimiento de España, puede ahora salvarla definitivamente.

La hundía, entonces, y amenaza hundirla ahora, el materialismo, en forma de Irreligiosidad, inmundicia, extranjerismo despotico liberal, marxista, totalitario, cesarista, el estraperlismo, enflaquecimiento, cálculos y egoísmos de todas clases.

La salvó, entonces, y sólo puede salvarla de nuevo ahora, el espíritu, en forma de Catolicismo, honestidad, auténtico patriotismo, ideal, desinterés, sacrificio, libre, popular y tradicional españolismo, y, como tal, antiliberal, antimarxista y antitotalitario. Practicada todo por el mismo pueblo español constituido

por la selección de todos los elementos, y llevando en vanguardia al Requeté, ejército voluntario del Carlismo, auténtica representación colectiva y encarnación política y social de la Cruzada, y verdadero exponente de España, acrisolado y garantizado por más de cien años de persecución y de actuación desinteresada, sacrificada y heroica a favor del bien común y de la Patria.

Ni la República —que sólo pudo y podría vivir en España a precario del marxismo— ni el Régimen que ya en 1931 fue demasiado débil para oponerse a las fuerzas disolventes —mucho más poderosas en la etapa que se avecina— y en 1936 resultó impotente para contribuir colectivamente en forma apreciable a la salvación nacional, ni aún la interina y en definitiva insostenible y políticamente agotada, situación actual —tan empobrecida, alejada y desviada ya de la Cruzada, único origen de su fuerza— son capaces, espiritual y materialmente, de vencer a la Revolución, patronando el navío español, con apreciables probabilidades de conducirlo a buen puerto, en el durísimo temporal en que va adentrándose. Para tan esforzada empresa no sirven regímenes ya fracasados y caducos.

Sólo el Carlismo puede hacerlo, con la ayuda de Dios, por ser —según acredita la experiencia de más de un siglo— la única entidad política genuinamente española y contrarrevolucionaria, llena de fuerza y vitalidad, susceptible de lograr, por encima de los partidos, la unidad nacional.

La salida, la buena salida, la única salida de la delicada situación política en que se encuentra España está, pues, en el gobierno del Carlismo acudido por su Regente, el Príncipe Javier, e instauración, mediante la Regencia nacional y legítima que aquél propugna, de la Monarquía Tradicional, o sea, del único régimen auténticamente español.

Mas la situación es demasiado grave para que el remedio consista sólo en palabras, apariencias o falsificaciones; y cualquier monarquía tradicional, no carlista, de que pudiera hablarse en España —dejando a salvo las intenciones— no pasaría, en el mejor de los casos, de ser una apariencia, carente, como la etiqueta y tarro del boticario, de la virtud curativa propia de la substancia que dice contener.

Y si es evidente que el Carlismo, la Regencia y la Monarquía Tradicional que propugna, constituyen la única salida de la interina e insostenible dictadura española; si está clarísimo que, siendo el Carlismo y su Regente, la única representación legítima, y real y verdadera encarnación de la Monarquía Tradicional, constituye también lógica e ineludiblemente la única fuerza política que podrá instaurarla, interpretarla y defenderla, legítima, auténtica, real y verdaderamente en la vida de la Nación y del Estado Español; no aplacen por más tiempo —puesto que ya lo han hecho con exceso— las clases directoras y responsables, y el pueblo español todo —a todos los españoles afecta vitalmente el problema y todos son necesarios y